

bufo, pero es éste uno de esos libros en los que frases como "a retazos, casi inconexamente el presidente continuó su narración" quieren justificar en los protagonistas el desorden, pereza o arrebatos del autor. Y no sería de buen tono dejar entrever que se tiene un concepto tan bueno de las capacidades propias y uno tan relajado sobre las del lector.

Barajar temas históricos, trastocar fechas, trastear personajes e invertir los fallos de los institutos no es ningún rompimiento. Al revés: se trata de una rancia tradición. La irreverencia histórica consiste en escribir como si ésta no existiera. No basta ya la gesticulación ante nuestros peores episodios, ni maquillarlos con la primera extravagancia asociativa que venga a la cabeza, pues esta arma de delación se ha ido gastando. Mucho ha pasado, pero lo que hoy en día ocurre otra vez amenaza con rebasar a la literatura de denuncia. Ningún maldiciente podría desconocer que la nación ya tiene una conciencia, social y literaria. Más grave aún: encallecida. Lo que hace más difícil su oficio, más preciosa cada piedra de escándalo.

Habría que decir que el escrito sí alcanza niveles de humor, cierto tipo de humor. Esto es cuestión de gustos. Más que todo aquí se manifiesta, por medio de la farsa grotesca, odio político; y para muchos colombianos esa es la sola utilidad del humorismo. De todos modos, no parece ser éste la meta de la obra. Creo que el autor habría preferido un anatema, de modo que no tiene que dar explicaciones. A veces se limita a ser sarcástico. Son sus mejores ratos: "Ese día una triste noticia llegó al despacho del señor arzobispo: el general Ospina, el querido y leal general Ospina había muerto por cuarta y al parecer definitiva vez . . .".

Ignoramos si este es su destino, pero parece que Félix A. Posada no encuentra todavía un método eficaz de profanar. No es un novicio: ha publicado ya teatro, poesía y novela. Tal vez sucede que, como las aborrecidas academias, piensa en el fondo que el libelismo es fácil y por lo tanto secundario. Ya que recurre a él, acaso debería comprender que se trata de

otra disciplina y que ni la locuacidad ni el menosprecio son cimientos suficientes. El renovar y refinar las técnicas, la minuciosa busca de cargos, o calumnias, que sean de veras afrentosos, insospechados e ineludibles, tal vez recorran el velo de silencio que según Alvarez Gardeazábal cae sobre "los escritores que hacen obras tan atronadoras y exageradas como esta". ¿Quién sabe? El silencio a lo mejor no es represivo. Somos un país perito en estas cosas y, aunque chambones para la blasfemia, no dejaremos de apreciarla y de escarmentar debidamente al escritor que suelte una buena.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

Frente a frente

Vida y obra de Héctor Sánchez

Jorge Eliécer Pardo

Pijao Editores, Bogotá, 1987, 125 págs.

Dos escritores frente a frente.

Por un lado, Jorge Eliécer Pardo, cuentista, novelista y ensayista, nacido en 1950 en El Líbano (Tolima), a quien se conoce principalmente por su novela *El jardín de las Wiesmann* (1978).

Por el otro, Héctor Sánchez también tolimese (El Guamo, 1940), narrador avezado con varias publicaciones en Colombia y el exterior, premio nacional de novela Esso 1969. Su novela *Sin nada entre las manos* (Barcelona, 1976) fue llevada a la televisión con el título de *El Faraón*. Además, fue finalista en el concurso Rómulo Gallegos (1987) con su novela *Entre ruinas*.

El libro que comentamos consta de cinco capítulos, entre los que cabe destacar la semblanza sobre Sánchez, el diálogo extenso entre los dos escritores ("batalla campal"), que cubre temas como los géneros literarios, la literatura colombiana, el exilio, las generaciones literarias, la creación, el amor y la mujer . . . , y un ensayo

crítico de Pardo sobre la última novela publicada por Sánchez (*Entre ruinas*, Barcelona, 1983). Este material está complementado con bibliografía y reseñas sobre las obras de Sánchez.



Se trata, pues, de dos perspectivas: primero la entrevista y la semblanza; segundo, la crítica literaria. Se busca así, siguiendo los modelos tradicionales, dar cuenta de "la vida y obra" de Héctor Sánchez. Aunque el rigor crítico se ve afectado por la obvia relación amistosa de los dos escritores, por la solidaridad del oficio y de la procedencia territorial, y por la forma coloquial, anecdótica, que Pardo, como buen novelista, les imprime a sus comentarios, el libro se constituye en fuente de información útil para los estudiosos de la obra de Sánchez.

El estilo ameno, la informalidad y exclusión deliberada del tecnicismo, hacen recordar ciertos antecedentes del género, como las conversaciones de Plinio Apuleyo con García Márquez en *El olor de la guayaba* (Bogotá, La Oveja Negra, 1982).

Tanto en los diálogos como en los comentarios de Pardo, va quedando reflejada la vida estrecha, pueblerina, de El Guamo en los decenios del cuarenta y del cincuenta, con sus pequeñas frustraciones y dolores; la forma como el adolescente va ampliando su visión sobre los seres, y su deseo de trascender, su residencia en el exterior, su soledad, su nostalgia . . . y los efectos de esta historia real en la ficción.

Ante la pregunta ¿qué es la literatura?, Sánchez contesta: "Eludiendo la trampa conceptual . . . la literatura es un oficio, es la extensión de mi existencia, en ella recojo todos los elementos que condicionan mi cotidianidad, ella explica la confusión del pequeño mundo de mis recuerdos, y da una respuesta al desafío que plantea la realidad más inmediata" (pág. 26).



Empero, el libro está permeado de una sensación fatalista, de una queja. La vida del escritor no es fácil; está llena de tribulaciones. La sociedad es cruel, y está compuesta de seres esperpénticos. No en vano Onetti y Valle Inclán son los modelos de Sánchez.

Ante la crítica, su posición es de desamparo: "Desafortunadamente no siempre la crítica ha nadado al lado del escritor y del lector y se ha retraído hacia una posición muy tangencial [. . .] hay un comportamiento retardatorio que no hace honor a la tarea del crítico" (pág. 28). A pesar de todo, hay que insistir, seguir escribiendo. Frente a estos comentarios, el entrevistador concluye: "Sólo hay un lector asegurado para los libros: el propio autor" (pág. 34).

Pero el balance no es negativo: diez libros publicados, algunos premios y el anuncio de una nueva novela: *El héroe de la familia*.

Pardo ha investigado la obra de su entrevistado. Le hace decir cosas, hurga en su vida y encuentra relaciones que enriquecen los textos. Así el libro, aunque breve, es un buen aporte. Además, la editorial Pijao promete

continuar esta labor con otros escritores. Buena iniciativa.

ALVARO PINEDA BOTERO

Calidoscopio Latinoamericano

Visiones de América Latina

Juan Gustavo Cobo Borda

Tercer Mundo, Bogotá, 1987, 310 págs.

"¿Quién se anima a entrar en un libro? El hombre en predisposición de lector se anima a comprarlo —vale decir: compra el compromiso de leerlo— y entra por el lado del prólogo que, por ser el más conversado y menos escrito, es el lado fácil. El prólogo debe continuar las persuasiones de la vidriera, de la carátula, de la faja, y arrepentir cualquier deserción. Si el libro es elegible y famoso, se le exige aún más".

Así empieza el prólogo de la *Antología de la moderna poesía uruguaya (1900-1927)*, escrito por Jorge Luis Borges, que ahora como nota introductoria sirve para ilustrar, a pesar de convertirnos en víctimas de la ironía borgiana, las razones iniciales que inducirán a muchos a leer el libro de Juan Gustavo Cobo Borda: *Visiones de América Latina*.

El sugestivo título que tiene como fondo una cubierta ilustrada por Jorge Valencia Rey, inspirada en el *Manual de zoología fantástica* de Borges, hace recordar un excelente ensayo de Alejo Carpentier en el que habla de esas "visiones" de América Latina, que se multiplican como núcleos proliferantes y que son producidas por un rico mundo de simbiosis, de mutaciones, de vibraciones y de mestizajes que configuran esa particularidad latinoamericana que él denomina "barroca". El uso de dicha metáfora remite a ese "horror al vacío" con que el hombre americano ha "llenado" su visión del mundo, sus sueños y sus fantasías. El término *barroco* sinte-

tiza esa nueva realidad que prolonga todas las vivencias que a diario se producen a lo largo de este continente y que recrean el mundo artístico de la literatura.

Efectivamente, en el prólogo de *Visiones de América Latina*, Cobo Borda expresa su punto de partida para reunir una serie de ensayos, entrevistas y artículos periodísticos que dieron lugar al libro en mención: "hay muchas maneras de mirar a América Latina. Leyendo su poesía, su ficción, su crítica. Interesándose en sus artes plásticas, siguiendo el curso de su cultura en definitiva".

Podría decirse que la visión personal y concreta que nos ha entregado el autor sirve de espejo convexo para que los lectores se miren y reproduzcan esas "visiones" en forma ilimitada, produciendo el efecto "barroco" en el sentido que alude al término del gran escritor caribeño.

En medio de nombres tan cercanos a nuestra tradición cultural, el índice de esta obra señala otros que remiten a realidades artísticas no latinoamericanas. La razón de ello no es un descuido en la selección, sino, por el contrario, una postura que el autor se encarga de explicar en el prólogo, en ese diálogo fácil de que hablaba Borges, para puntualizar que su visión de América Latina no es una consigna de una demagógica campaña de integración latinoamericana, sino un acto de reconocimiento a la manera de uno de los grandes de España: "Nuestra cultura era todo el mundo".

Con esa forma directa y franca que caracteriza al autor, el lector recibe esa especie de advertencia retadora de tomar la opción de detenerse o continuar: "Por eso me sorprenden quienes adoptan el nacionalismo como un programa profesional. Casi siempre concluyen en la bobería".

La labor del autor ha sido la de consignar esos registros que plasmaron las visiones que en momentos diferentes le han producido las lecturas de poesía, de ficción y de crítica, o el asombro estético de la observación de una obra plástica, y que lo llevaron a colocarlas en esa patria mayor: el texto, para comunicarnos que esa multiplicidad es la otra cara de la moneda de una unidad de destinos